

El Hombre desde su Cuerpo¹

Gonzalo Gamundi Polo

Instituto de Investigaciones Psicológicas
Universidad Veracruzana

Resumen

Este ensayo plantea la posibilidad de construir un concepto de hombre partiendo de una reflexión que nos ubique como cuerpo viviente, esto es, como una entidad dotada de la capacidad de reconocer, a partir de sus sensaciones y su pensamiento, todo aquello que toca su conciencia en su interacción con el mundo. A través de esta mirada incluyente, centrada en un observador que reflexiona sus sensaciones, pensamientos y sentimientos acerca de sí mismo, será posible establecer la singularidad propia como entidad viviente y pensante, independiente en su vivir, sentir y pensar de las demás entidades, vivientes y no vivientes, a la vez que vinculada a ellas por la interacción recíproca y constante que las enlaza en un tiempo y un espacio común.

1. La revisión técnica de este artículo estuvo a cargo de Irene Marquina Sánchez. Este artículo fue recibido para arbitraje el 27 de marzo de 2007. Fue recibido con las correcciones señaladas por los arbitros anónimos el 11 de septiembre de 2007.

Sugerencia para citar este artículo:
Gamundi Polo, G. (2008). El hombre desde su cuerpo. *Subje/Civitas*, 1(1). Consultado el [fecha] en http://www.subjecivitas.com.mx/vol1/num1/gamundi_hombre_cuerpo.pdf

Introducción

Comienzo esta reflexión acerca de la naturaleza humana con una pregunta que, aunque ya ha sido contestada desde múltiples ángulos y con diversos enfoques sigue sembrando una cierta insatisfacción, sigue sembrando la sensación de que algo falta ahí. La respuesta de la física nos define categóricamente como materia y energía. Sin embargo, hay múltiples indicios que nos permiten sospechar que somos algo más que una serie de fenómenos físicos, explicables a la luz de las leyes establecidas por la física. Nuestro comportamiento, la posibilidad de movimiento autónomo, la posibilidad de conciencia y de pensamiento nos dicen que somos, en todo caso, la expresión de una forma de materia y energía totalmente diferente a las formas conocidas de materia de las cuales podemos dar cuenta por medio de la leyes que las gobiernan: somos materia viviente.

Ahora que, si nuestro ser se niega a ser explicado en términos de la física y si reconocemos en nosotros esa singular expresión de la materia llamada *vida*, entonces la respuesta de la biología —que nos define como especie viviente— tendría que ser definitiva, pero no es así. La biología nos ha colocado entre los organismos vivos, conjuntos organizados de elementos químicos y fisiológicos a base de carbono y agua, llamados moléculas que tienen como características principales la autorregulación, el orden y la reproducción.

La biología nos ha ayudado también a encontrar, entre los organismos vivos, una ubicación particular, de entre los organismos simples, hasta los más complejos, nos ha emparentado a una estirpe, ha encontrado en nosotros los rasgos familiares que nos definen, como el *homo sapiens*, esto es, como el *homínido sabio*. Es aquí empero, donde comenzamos a encontrar diferencias notables entre todas las especies vivientes y el ser humano: tenemos un sistema complejo de comunicación mediante el cual no sólo nos comunicamos con los demás, sino que además, podemos planear estrategias complejas de acción, e intentar comprender nuestra naturaleza. Somos también diferentes en nuestras formas de convivencia, creamos normas, estructuras complejas de organización para ordenar nuestra vida común: somos seres sociales y creamos cultura.

Si la física y la biología no fueron capaces de brindarnos un panorama completo de nuestro ser, quizá podríamos pensar que serían entonces las ciencias sociales, en tanto centradas en los procesos y las estructuras creadas por el ser humano, las que nos proporcionarían los elementos faltantes en nuestra definición.

Las ciencias sociales, la filosofía, la psicología, la antropología, etcétera, nos colocan dentro de categorías como las de *individuo*, *persona*, *sociedad*, *cultura*, *conciencia*, *razón*, *inconsciencia*, o *mente*. Son, todas ellas, categorías creadas para establecer otras facetas más de nosotros mismos: nuestra esencia, nuestra naturaleza, nuestros anclajes históricos, nuestra explicación de nuestra conducta y nuestras creencias.

La respuesta que hoy quiero proponer está situada en un ángulo que me parece dis-

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

tinto. Mi punto de partida es el de una perspectiva que comienza hace ya unas décadas y que tiene que ver con el cuerpo.

Hablar del cuerpo, referirse a éste en cuanto a lo que representa para nosotros y los diversos usos o disposiciones del cuerpo por parte de la sociedad o las culturas, no parece ser ninguna novedad, dada la abundancia de estudios que, de alguna manera, directa o indirectamente, tocan entre sus problemáticas, diversos tópicos en relación al cuerpo. Parecería entonces que todo lo que pudiera decirse acerca del cuerpo ya estuviera agotado. De hecho, hubo un período en el que dejaron de producirse trabajos que le mencionaran. En su lugar, ganaron fuerza problemáticas aledañas al cuerpo, como el vestir, el hacer, el representar, el desempeñar papeles, entre otros. Hay, no obstante, un creciente interés por el cuerpo y ha habido un número creciente de pensadores que han retomado, con diversos propósitos, las categorías de *corporeidad*, *corporalidad*, *cuerpo vivido* y *biopoder* para dar cuenta de situaciones que hasta ahora habían sido pasadas por alto, situaciones como las que están relacionadas con, por ejemplo, la existencia de *ejes simbólicos*, de *metáforas*, de *ejes políticos* y de *discursividades* en relación al cuerpo, todas ellas situaciones que merecían una revisión más minuciosa. No obstante, hay todavía varios aspectos que no han sido abordados consistentemente, que han sido obviados o que incluso han sido descartados y es precisamente desde este ángulo que quiero establecer mi punto de partida.

Sin excluir ni negar todo aquello que ha sido dicho ya acerca del individuo, de su naturaleza física, de organismo viviente o de entidad social y cultural, sino precisamente partiendo de una revisión minuciosa de todos estos conceptos en sus fundamentos, intento mostrar un panorama distinto, a la luz de una dimensión quizá no suficientemente explorada como es la dimensión corporal.

Si bien la naturaleza del ser humano no parece agotarse en los discursos que la definen, esto se debe, quizá, a que esa naturaleza está situada en un lugar distinto de éste hacia el cual sus estudiosos dirigen su mirada. Por eso cuando el ser humano se compara con lo que observa, no puede encontrarse del todo reflejado en las cosas que mira. Cuando es el ser humano quien está detrás del ojo que percibe el mundo, que lo ve, que lo palpa, que lo oye, que discurre acerca de él, su mirada se concentra en un objeto, no en sí mismo en cuanto observador. De la misma manera, cuando el ser humano quiere verse a sí mismo, su mirada se vuelca otra vez hacia afuera y entonces él ya no es visible para sí mismo.

A mí me parece que la única manera de dar cuenta de nosotros mismos es poner la vista dentro de sí, sin distanciarse de aquello que se mira; sin pretender que es otra cosa, sino simplemente mirarse en el proceso mismo de atender a su mirada.

La Puerta al Mundo

Si en algún momento de nuestra existencia nos volviéramos invisibles, esto es, si en algún momento aquello que hasta ahora concebimos como nuestro cuerpo dejara de poder ser visto o mirado por aquellos que nos rodean, y si aquellos que nos rodean sólo pudieran escucharnos hablar, y si aquellos que nos rodean sólo pudieran sentir nuestro contacto, seguramente basarían toda su idea acerca de nosotros a partir de estos dos sentidos el oído y el tacto. Si todos fuéramos ciegos, es decir, si nadie pudiera ver al *Otro*, aún tendríamos la posibilidad de guiarnos por esos dos sentidos para establecer contacto y conocer, de esa manera, a su interlocutor.

Si dejáramos, aún más, de percibir, de ver, de oír, de sentir, de oler, esto es, si nos volviéramos incapaces de percibir y de tener sensaciones, tanto las que parten de sí mismo, como las que de algún modo nos ponen en contacto con lo que nos rodea, si sólo fuera posible pensar, imaginar, tener ideas y pensamientos, es decir, si sólo fuéramos eso que podríamos llamar mente, la experiencia de vivir esas circunstancias plantearía, de entrada, el problema de la existencia misma. Si sólo soy mis pensamientos y mis ideas, si no existiera nada más que lo que ocurre en mi mente, no habría manera de plantear, allí, una existencia que no fuera la de mis pensamientos. Más aún, no habría siquiera la posibilidad de plantear una dicotomía entre lo existente y lo inexistente; entre un *Yo* y la realidad; o entre un *Yo* y un *Los Otros*. Tampoco la necesidad de la comunicación entre ese *Yo* y esos *Otros* y con ello, tampoco la posibilidad de crear una comunidad.

De la misma manera, nosotros, al ser imperceptibles incluso para nosotros mismos, sin el correlato de ver, oír, oler y sentir nuestra propia estructura, ni la de los demás, si sólo fuéramos mente, esto es, pensamiento, sin vernos, sin oírnos, sin siquiera tener contacto a través de nuestra piel, estaríamos simplemente encerrados en nuestro pensamiento y sin ninguna oportunidad para el intercambio y la relación entre nosotros y el mundo.

Si al menos pudiéramos ver, el vernos a nosotros mismos y a los demás haría posible ya una forma de contacto, entonces tendríamos a nuestro alcance, como en el caso de los sordos, algún medio por el cual hacernos notar, por el cual comunicar a los demás algunas de nuestras experiencias, y viceversa. Si al menos pudiéramos ver, entonces tendríamos a nuestro alcance un medio para conocer algunas de las experiencias de los *Otros*; podríamos saber, de parte de ellos, que somos vistos; podríamos saber que ellos saben de nuestra existencia; podríamos saber que ellos pueden percibir nuestra presencia y manifestarse de algún modo y por algún medio —el cual podría implicar, quizá, una dimensión gestual, o algo de ese tipo—; podríamos saber que ellos pueden manifestarse respecto de nuestra presencia y de nuestros gestos.

Del mismo modo, si al menos pudiéramos oír, aún sin ver a nuestro interlocutor, al menos tendríamos un medio por el cual saber de él, significar su presencia y saber de sus ideas y sentimientos por medio, en el más avanzado de los casos, del lenguaje hablado y,

asimismo, tendríamos la posibilidad de expresarnos y articular, mediante el habla, una conversación, un intercambio de ideas y de experiencias.

Si, por último, tuviéramos como único medio de contacto las sensaciones a través de la piel, sin duda a partir de este medio hallaríamos el modo de comunicarnos y expresar mutuamente nuestra experiencia común al tocarnos y sentirnos.

El privilegio de gozar de todos y cada uno de nuestros sentidos, es, de hecho, lo que posibilita nuestro contacto con el mundo y con los otros, haciendo posible la interacción humana y, a partir de esta última, la existencia misma de una comunidad, de una sociedad y de una cultura.

El privilegio de ver, oír, tocar, incluso de poder percibir los acontecimientos que ocurren al interior de nosotros, hace posible tomar conciencia de nuestro entorno, tanto afuera como adentro de nosotros mismos y más aún la posibilidad de establecer, con los demás, alguna forma de contacto; alguna forma de interactuar; alguna forma de comunicar experiencias, ideas y pensamientos. Todos, en algún momento, en diversas circunstancias, con énfasis variado, hacemos uso de estas capacidades sensoriales en el contacto usual con los demás: la vista, el oído, el olfato o el tacto. Aún más, muchas veces es a partir de percibir el color, la forma, los sonidos, incluso el olor, o las sensaciones que produce el contacto a través de la piel, como nos pronunciamos a favor o en contra de mantener contacto con otra persona. Muchas veces establecemos juicios, hacemos elecciones de personas sobre la base de las preferencias sensoriales que tenemos de ellas.

Ahora bien, si de algún modo nuestros sentidos y nuestras preferencias sensoriales tienen que ver con nuestras relaciones con los demás, me parece que es tiempo de preguntarse por qué razón es que hay tan poca teoría social acerca de la relación entre nuestros sentidos y la realidad social, entre nuestras preferencias sensoriales y la sociedad o el grupo, o entre el individuo, sus sentidos y la cultura.

Más aún, ¿cómo es que hemos acabado por desestimar u obviar aquello a partir de lo cual el individuo es posible, o más bien, aquello sin lo cual el individuo simplemente no podría existir, es decir, su cuerpo, sus sentidos, su base material?

El ser humano ha sido objeto de múltiples acercamientos teóricos, múltiples enfoques. No obstante, en ninguno parece querer reconocerse del todo. Superiores a todo lo viviente, difícilmente podemos admitir que compartimos los mismos orígenes que todos los demás seres vivos. Ensoberbecidos como estamos por la fecundidad de nuestro pensamiento, cuando intentamos definirnos, siempre nos vemos en un punto que está más allá de nosotros mismos, en tanto que existencias materiales y corpóreas; más allá de nuestros cuerpos; más allá de nuestra mirada; lejos de nuestra corporalidad.

El Cuerpo y el Individuo

El cuerpo ha sido concebido de muchas formas, ora como conjunto de órganos, ora como una especie de recipiente donde habita el alma, ora como una máquina que debe ser ajustada de vez en vez, ora como un instrumento, ora como objeto o como una entidad del ser que emerge de su naturaleza animal, irracional por tanto, sometido a los caprichos de su naturaleza de tal forma que es preciso dominar y educar, para efectos de una superación o para efectos de una mejora que le permita comportarse de acuerdo con la razón, la ética o la sociedad.

Como conjunto de órganos, el cuerpo vivo responde a una serie de condiciones que regulan su equilibrio, que lo mantienen activo y funcional. Como conjunto de órganos, el cuerpo requiere, por tanto, que sean satisfechas ciertas condiciones de alimentación y cuidado. A estas condiciones debe atender el individuo para mantenerlo sano y productivo. El cuerpo es para el individuo aquello que le permite vivir, gozar, desempeñarse con energía, fuerza, destreza o agilidad. Es éste el cuerpo al que nos referimos siempre como mi estomago, mi cabeza, mis pies, esto es, algo que nos pertenece, no como algo que somos. Es el cuerpo al que se atiende, se cuida, se alimenta como algo que nos pertenece y que nos es útil, pero que, en algún momento, también podemos desatender, descuidar o incluso destruir, desgastar, acabar con él.

Éste es el cuerpo del cual toma control la medicina moderna, cuerpo que, aunque espacialmente se adjudica al individuo por cuanto le pertenece, por cuanto es suyo, tiene que consentir en otorgar a los médicos el control para su ajuste, pues son ellos quienes tienen el poder —o el saber— para ponerle en armonía. Así, es el saber médico finalmente el que determina lo que es bueno o malo para el cuerpo y es el médico el que posee el control sobre las herramientas y leyes que lo gobiernan.

Podemos, como hemos visto, pensar en el cuerpo como sede de una naturaleza que nos vincula con nuestra estirpe animal, nuestra herencia biológica, regida por los instintos y por las necesidades propias de la especie, propias del *zoo* humano.

Éste es el cuerpo al que mueven las leyes de la vida incitándole constantemente a ser renovado, a buscar los alimentos para satisfacer su apetito e incitándole, en el apareamiento, en la crianza y en la defensa del territorio, a buscar la perpetuidad de su vida y la de su estirpe.

También es muy común la idea del cuerpo como mero depósito, como mero recipiente donde anida una entidad que podemos reconocer como el *Yo*, la Mente, la *Psiqué*, el Alma, el Espíritu o el Inconsciente freudiano. En este caso, son estas las entidades que habitan el cuerpo y quienes tienen dominio sobre éste, al cual pueden llegar a desdeñar o hasta despreciar en tanto se sienten prisioneras dentro de sus límites físicos, acosadas por sus ímpetus y deseos. A este cuerpo es al que hay que aprender a controlar, a educar para ceñirle a los propósitos siempre superiores del espíritu, de la mente o de la cultura humana.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

De acuerdo con esta idea, no somos en última instancia, ni sólo cuerpo ni sólo espíritu, sino algo que anida en una dimensión intermedia entre estas dos entidades. Eso que somos es algo que podemos reconocer como *Yo*, una instancia que no podemos ubicar en ninguna otra parte más que en el cuerpo pero que denegamos ser en exclusiva.

Otra idea sobre el cuerpo es la que hace hincapié en su forma física y en su desempeño. Es éste un cuerpo *dispositivo* o un cuerpo herramienta, un cuerpo diseñado para el deporte, para el trabajo, para la producción artesanal, fabril, artística o simplemente para la ostentación estética, el adorno, un mero objeto. Este cuerpo, aunque representa al individuo en tanto forma física del ser, es, no obstante, objeto de interpelación y juicio externo para obligarle a ser como lo impone la norma social. El cuerpo como parámetro físico de referencia, el cuerpo como la base física del ser. Este cuerpo debe cubrir ciertos estándares, ciertos criterios para ser aceptado por la comunidad que dicta sus criterios. Es pues la comunidad la que determina cómo hay que vestirlo, acicalarlo, comportarlo; es pues la comunidad la que determina, en última instancia y de acuerdo con la estatura, la complexión, la edad y el género, la ubicación y la actividad social, dígame ‘trabajo’, al cual debe destinarse ese cuerpo. Hay así, un cuerpo para el ejército definido a partir de un estándar de estatura, de edad, de peso, de salud, etcétera. Hay un tipo de cuerpo para cada tipo de deporte que se ejecuta, para los cuales hay, también, un estándar de edad y de estatura. También hay un cuerpo para lucir, para mostrar, para vestir, para desnudar, para ser usado, para el deleite estético u erótico de las mayorías. No es bueno estar obeso, ni ser demasiado bajo de estatura, delgado o incluso demasiado alto. Existe para cada quien, como cuerpo, un juicio social que dictamina si puede hacerse merecedor de la aprobación, del elogio o del deseo de los demás, o si en definitiva tendrá que, acatando los juicios reprobatorios, ajustarse a la norma o buscar ser aceptado por otros méritos que no dependan de la apariencia física del cuerpo y de lo que puede cubrirlo.

A fuerza de mantenerlo como algo externo, manipulable, moldeable, ajustable a las necesidades del individuo o del grupo, el cuerpo se ha convertido en un objeto, algo útil, capaz de desarrollar múltiples tareas en beneficio del individuo o de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, el cuerpo se ha convertido en un objeto o en algo que requiere ser mantenido bajo control, ajeno a las elecciones que el individuo toma para la vida, desestimado en su esencia de vida, esa que tiene necesidades propias para su subsistencia, desestimado en sus demandas íntimas, en tanto es de esta forma como el individuo puede superar los límites que su cuerpo soporta y alcanzar las metas impuestas por su razón, por su ambición, o por las presiones externas.

Así, el cuerpo, sea para el goce o para el trabajo, sea en toda su estructura o en sus partes, no es sino un algo, un recipiente, una cosa que el individuo ocupa para vivir, para expresarse, para gozar y/o ser gozado por otros, o para producir y no producir algo que el individuo mismo es, algo a través de lo cual el individuo tiene existencia como forma

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

de vida. El cuerpo, desde hace mucho tiempo, ha dejado de ser el individuo mismo para convertirse en un objeto ajeno a él.

De la cosificación del cuerpo, producto a su vez de la separación entre el individuo y su cuerpo, se desprenden otras separaciones. Hay, entre el individuo y la naturaleza, entre el individuo y su mente, e incluso entre el individuo y su sociedad una desvinculación que se desprende, como consecuencia, de su desvinculación con su esencia corpórea y esto porque, separado de su cuerpo, el individuo no puede verse ya como una entidad enclavada en los mismos parámetros que la naturaleza que él ve y de la cual él forma parte. Su naturaleza, ora social, ora humana, es lo que le permite operar sobre el mundo con una relativa independencia respecto de las consecuencias que esa misma operación provoca.

De la misma manera en la que opera con su cuerpo, de la misma manera en la que pretende, dominando su cuerpo y llevándolo más allá de los límites que este último le reclama como propios, así pretende el individuo franquear los límites de la naturaleza, llevándolo más allá de lo que ella es, creando así una otra naturaleza, más acorde con los caprichos de su voluntad.

De esa misma forma, el individuo humano ha traspasado ya los límites de su propio pensamiento, de su propia conciencia, de su mente, de su razón. Separado del cuerpo, pretendiendo ser algo más que su mente, algo más que su razón, a pesar de ser, en esencia, producto de su pensamiento, producto de su experiencia de sí mismo, producto de lo que su mente ha concebido acerca de sí mismo, a pesar de ser en esencia todo esto el individuo ha podido traspasar esos mismos límites para proponerse a sí mismo como algo más que su mente y su cuerpo, y para proponerse aspirar a una razón universal que dé cuenta de todo, que dé cuenta incluso de lo que no ha visto ni experimentado, que le permita conocer lo que aún no conoce y experimentar lo que no ha experimentado. Así ha llegado el individuo humano a plantearse la posibilidad de una razón y de un saber que ya no son esa razón y ese saber nacidos de sí mismo, sino que son una razón y un saber que se superponen a los suyos y le dictan razones, saberes, experiencias y visiones del mundo que le son ajenas.

Es justo decir que gracias a esas razones y saberes ajenos, distintos de los surgidos de sí mismo, el individuo humano ha podido trascender hacia las ciencias, trascender hacia el saber docto, superior, perfecto o perfectible del cual nacen incesantemente nuevos y cada vez mejores saberes acerca de las cosas y acerca de él mismo. Empero estos mismos saberes, superiores y mejores al suyo, también le ha alejado de sí mismo, pues esos saberes son lo que le han transformado, a él mismo, en cosa, en instrumento, en algo distinto de lo que el mismo reconoce como propio.

Esta cosificación de sí mismo ha roto el vínculo del hombre con la sociedad, haciendo de ésta, no una construcción producto del consenso entre individuos humanos corpóreos, sino en una fuente de pensamientos, de acciones y de interacciones humanas. Así ha perdido el individuo humano contacto con su voluntad, con sus deseos, con su hacer

historia, pues él mismo ya no está implicado, como partícipe, en su propia creación, él ha sido remplazado por la sociedad, la cual es su criatura, y ahora es ella quien le dicta lo que ha de hacerse, lo que ha de pensarse, e incluso, lo que ha de sentirse.

Si bien el pensarnos como entes sociales nos ha permitido darnos cuenta de que nuestras acciones tienen una consecuencia social, en tanto que no vivimos aislados, así, no obstante, al sentirnos limitados al entorno social del cual formamos parte, acabamos sintiéndonos presos en un entorno que nos domina, que nos acota, que nos dicta estos límites en forma de normas y costumbres.

Así, aún siendo capaces de trascender la esfera individual para encontrar en la sociedad las reglas bajo las cuales tal esfera individual puede tener cabida frente a otros individuos y junto con otros individuos, esto mismo, aunado a la pérdida de contacto con la naturaleza, con el cuerpo, con la mente, acaba por llevarnos a la pérdida de contacto con nuestra voluntad y a la pérdida de contacto con nuestro protagonismo social.

Como puede verse en esta exposición, hay razones suficientes para poder abrir un espacio de reflexión sobre el cuerpo como una dimensión específica del ser y como origen del individuo. El cuerpo es, en primer lugar, el individuo mismo, pues es a través de su cuerpo como tiene expresión su ser, es a través de su cuerpo como puede ser visto, oído, tocado u olido. Es también a través de su cuerpo como recibe sensaciones, impulsos, ideas, recuerdos, vivencias que parten de sí mismo, es así como recibe también la información, en forma de sensaciones, imágenes, sonidos e ideas que provienen de su entorno, es así como se comunica y como entra en contacto con los demás.

Al desestimar el cuerpo, esto es, al dejar de lado la consideración de categorías que relacionan los hechos sociales con la existencia de un individuo corpóreo que vive y piensa a través de su cuerpo, estamos construyendo en el vacío, elaborando teorías que flotan, por así decirlo, en un universo de discurso sin sustancia material de la cual se sostenga.

Por fijar un ejemplo, tenemos la noción de *mente*. ¿Qué es eso que llamamos *mente*? En algunos casos se define como sinónimo del alma y para el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española la mente es *la potencia intelectual del alma* y ¿qué es el *alma*?, *Sustancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo humano y con él constituye la esencia del hombre...* En otro caso se le define como *Conjunto de las actividades o procesos psíquicos conscientes e inconscientes*, pero ¿qué es lo *psíquico*? Otra vez vemos que los diccionarios nos remiten al *alma*. En el mejor de los casos se define el *alma* como *Designio, pensamiento, propósito, voluntad*. Pero, en dónde, en qué lugar, en qué sustrato material radican tales procesos.

Sin un sustrato material en el cual situar la noción de *mente humana*, pareciera que la *mente* existiera fuera del individuo, o peor aún, que no tuviera una existencia material.

Corporalidad

Si partimos del hecho insoslayable de que los individuos humanos somos seres vivientes y que existimos sólo a partir de la presencia de un cuerpo, que contamos con un cuerpo, esto es, que tenemos una existencia material físicamente perceptible —que se puede tocar y ver— y dotada de todas las cualidades de los cuerpos vivos, esto es, que tenemos una existencia material constituida en este cuerpo, el cual es capaz de percibir y, en buena parte, de tomar conciencia de la realidad que le rodea y que lo incluye como parte, gracias a que posee un aparato receptor que capta esa realidad y que está implicado en el tener conciencia de sí mismo y de esa realidad, a partir de las sensaciones que recibe por medio de sus órganos sensoriales: el oído, la vista, el olfato, el tacto, etc., entonces quizás podríamos eliminar la necesidad de recurrir a nociones como la del alma o la mente, inmateriales e incorpóreas. Tendríamos, entonces, la posibilidad de repensar el concepto de individuo, no ya como un simple receptáculo de ideas que no tienen un claro origen material en ninguna parte sino que simplemente aparecen, como por arte de magia, en un entorno llamado “sociedad” o “cultura”, que si no estuviera compuesto por otros individuos materialmente constituidos por sus propios cuerpos sensibles, tendría que considerarse como algo así como una mente inmaterial e incorpórea. En su lugar, aparecería la noción del individuo como un ser corporeizado, materialmente constituido por una corporalidad viviente, a través de la cual se mueve en el mundo y a través de la cual lo toca de diversas formas, y a través de la cual es, igualmente, impactado en sus sentidos por los diversos acontecimientos que provienen del mundo. Esta corporalidad que le constituye, es, asimismo, percibida por otros seres corporeizados entre los cuales se definen así mismos como individuos humanos.

Desde la perspectiva de un ser corporeizado, base material de la sociedad humana en la cual se haya inserto como parte, el individuo podría ser visto como un ser viviente con capacidad de conciencia de sí y de los demás y que tiene ante sí, para sostener su propia existencia, la tarea de definir, de acuerdo con su experiencia de ser una entidad corporeizada en relación con otras entidades corporeizadas, los límites y atributos bajo los cuales su propio ser se encuentra acotado. Anclado, como está, a un mundo compuesto por otras entidades corporeizadas, el individuo tiene que construir y defender un espacio propio, una identidad bajo la cual, en su caso, sus deseos y sus necesidades prevalezcan frente a los deseos y necesidades de los demás, un espacio que le permita subsistir y más aún, crecer y desarrollarse en la medida en que sus posibilidades frente a los demás lo permitan y un espacio desde el cual pueda también compartir, dar y recibir, en fin, un espacio donde su voluntad pueda manifestarse con más o menos libertad para optar por lo mejor para sí mismo.

Este espacio es lo que podríamos denominar *Ego*, o Yo. Este Yo, conforma una forma de ser, una forma de desempeñarse en el flujo constante de las relaciones interpersonales.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

Este *Ego* es lo que permite, por ejemplo, al individuo masculino, establecer él mismo las pautas bajo las cuales su comportamiento deberá regirse, tanto frente a los otros individuos masculinos como frente a los individuos femeninos.

Este *Ego* es una construcción personal, se va formando con el individuo al tiempo que va ganando experiencia a través del contacto con el mundo que le rodea. Aquí, se dirá, tiene un papel importante la cultura implicada en la comunidad en la cual ese individuo se encuentra adscrito, comunidad a partir de la cual el individuo irá conociendo esas pautas. Seguirá siendo, no obstante, personal la forma en que el individuo adopta o adapta cada una de esas pautas, la forma en la que imita a los otros y las formas adoptadas por los resultados de su interacción con los demás. Es por esta razón que no podemos adjudicarle todo el mérito a la cultura. Aquí la cultura no es más una entidad incorpórea que preexiste al individuo, ella está implicada en la constitución de su cuerpo mismo, en la medida en la que ese cuerpo es constituido por el mismo individuo y por los otros individuos que coexisten con él, al tiempo que por el conjunto de los individuos que han coexistido juntos en el pasado y de cuya coexistencia y convivencia surgen todos ellos.

De acuerdo con este mismo planteamiento, la mente no sería simplemente una entidad incorpórea e inmaterial, sino una idea, una imagen creada por el individuo mismo para establecer un origen, dentro de sí mismo, origen del cual sus pensamientos surgirían.

El *Ego* individual es, en el sentido anterior, una representación mental, esto es, una imagen formada en la mente del individuo respecto de sí mismo. Esta imagen mental comporta una serie de vivencias que aluden a un ser total, con un cuerpo físico dotado de sensibilidad, cuerpo del que puede extraer experiencias y con el cual, puede a su vez moverse hacia el mundo para extraer de éste otras experiencias. Este *Ego* corpóreo, que es idéntico a sí mismo, se reconoce también como similar al de otros *Egos* como él, y diferente en otros aspectos respecto a otros *Egos*. Ese *Ego*, en su constitución total, puede diferir de persona a persona, de individuo a individuo, y de esto pueden dar constancia los casos en los que esa identidad total, pese a que la anatomía heredada manifieste otra cosa, no dan como resultado un *Ego* que se reconozca o se manifieste como masculino.

Puede decirse en todo caso que el *Ego*, masculino o femenino, es un producto, el resultado de un proceso en el que están imbuidos el cuerpo, el psiquismo, la cultura, y un poco más, el mundo de representaciones que el individuo va tejiendo en su paso por el mundo.

La propuesta de la corporalidad implica tener en cuenta la perspectiva de un individuo que experimenta, siente y piensa de manera autónoma dentro de un cuerpo sexuado. Sin perder de vista las perspectivas sociales y culturales que dominan el pensamiento contemporáneo acerca del individuo y acerca de su sexualidad, esta perspectiva es sobre todo un retorno a las sensaciones, sentimientos y emociones que matizan las vivencias del ser humano y que inciden en sus decisiones, en particular, cuando estas decisiones

implican la elección de pareja y el sostenerse como familia. Este retorno es, a su vez, una forma de trascender la vieja dicotomía mente-cuerpo, que por siglos ha dominado el pensamiento humano acerca de sí mismo.

De acuerdo con nuestra propuesta, esta dicotomía no tiene ya sentido toda vez que la mente no es una entidad separada del cuerpo del individuo sino el mismo individuo que, como entidad viviente, tiene la capacidad de percibir y pensar su realidad. La mente, no es pues una entidad distinta del cuerpo sino una actividad más emanada de éste, posee una corporeidad localizada dentro del individuo —su cerebro— y es afectada no sólo por los acontecimientos que provienen de fuera del individuo, esto es, por lo que captan sus sentidos, o por aquello que su cultura le inculca para la interpretación de lo que percibe, sino por acontecimientos que tienen lugar en todo su cuerpo. Es en el cuerpo, donde tienen lugar las sensaciones, los sentimientos, los deseos y los sueños del individuo, y es allí donde emergen sus pensamientos y representaciones de la realidad.

Soy el que mira

Quisiera ahora volver a lo propuesto al principio de este escrito. Ahí dije que la única manera de dar cuenta de la naturaleza humana es la de volver los ojos a sí mismo. La pregunta acerca de la naturaleza del hombre debe entonces reformularse para mí, pues no es “el hombre” lo que debo buscar, sino al individuo que formula la pregunta y que busca respuestas. Ése soy Yo, yo mismo, en tanto formo parte de la naturaleza que busco en todas partes, en la biología, en lo físico, en lo social.

Eso que busco afuera, en realidad, está aquí mismo, dentro de mí, Yo soy el hombre, soy el individuo, yo soy el que se hace esa pregunta, el que busca, el que quiere saber, el que pretende conocerse reconociéndose en lo que toca su mirada. Soy esa naturaleza que busca, soy el buscador en el acto mismo de buscar. Eso que soy, desde donde estoy situado, atrás del procesador de texto, anotando mis ideas, observándome en el acto mismo de escribir, de pensar, de leer y releer lo escrito, eso soy yo. Mis actos me reflejan en el actuar mismo.

Eso que soy lo puedo captar sólo si doy cuenta de cómo mis manos se posan en el teclado y buscan sin mirar la posición exacta de las teclas que necesito para componer la palabra que quiero escribir. Eso que soy me dice que estoy en lo correcto al afirmar que es posible captar mi esencia de vida en este momento. Que soy pensamiento, sí, pero también soy el que piensa. Tengo ante mí un ser viviente con una existencia física en movimiento que me convierte en alguien capaz de escribir estas notas, en alguien, que no se confunde con las cosas que ve, no soy “algo”, no soy cosa, sino alguien, una persona, un individuo.

Puedo darme cuenta —si quiero— cómo, al escribir, al entrar en contacto con el teclado, éste reacciona a mis golpes de dedo denunciando con ello mi capacidad de reaccionar, como materia, ante las cosas materiales. Percibo el golpeteo de mis dedos ante el teclado.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

Éste reacciona a la fuerza impuesta por mi estructura produciendo el efecto deseado. Esto me define como una entidad física, gobernada por las mismas leyes que gobiernan a los cuerpos sólidos. Empero, ello no me confunde con un cuerpo sólido sin movimiento autónomo, no soy solamente un algo físico, poseo sus cualidades pero soy algo más.

Tampoco creo confundirme con otros individuos iguales a mí, pero diferentes en tanto tienen su propia vida, sus propios pensamientos, su propio cuerpo. Tengo un cuerpo. Soy un cuerpo, soy mi cuerpo. Soy a través de mí. No me confunde la posibilidad de definir mi existencia como cuerpo ya que estoy plenamente convencido de que es a través de esta existencia de cuerpo que puedo ser yo. No me podría definir además, como otra forma de existencia. Ser cuerpo me hace posible ser, sentir, ver, pensar, actuar, volver a mis pensamientos y examinar mis escritos.

Tampoco me confunde ya, la posibilidad de ser una entidad biológica, ni un ente social en medio de otros entes sociales. Tampoco me confunde la posibilidad de ser eso que la sociedad me ha inculcado que sea, que tenga un trabajo, un hogar, una familia, una ubicación específica dentro de la estructura social a la cual pertenezco.

Sí, me reconozco como una entidad biológica, pertenezco al género humano, soy un espécimen más de los primates superiores. Pero esto no me priva del privilegio de considerarme Yo, el que piensa, el que escribe, el que se afirma hombre, especie animal, primate entre primates del mismo orden. Eso es tan sólo una forma de fijar una posición en una taxonomía biológica. Puedo reconocer en mi forma física, mi comportamiento, mis impulsos, formas, conductas e impulsos que no son del todo diferentes a los de otros seres vivientes. Empero, ni mi forma física, ni mis comportamientos e impulsos representan para mí dificultad alguna en cuanto a mi definición como humano, como individuo. Soy un animal, sí, un ser viviente como ellos, reacciono en algunas circunstancias de manera similar pero también he aprendido a reconocer en mi conducta, en mi físico, en mi forma de ser, que soy también una especie de ser viviente diferente de ellos, soy un ser humano.

Como ser humano, puedo ver en mí los rasgos físicos característicos de mi especie. Físicamente, de acuerdo con esa característica diferenciación anatómica que establece la naturaleza, y en mucho también la condición humana, en relación al sexo, soy entre los humanos, diferente a las mujeres, soy hombre, soy, formo parte del género masculino. Como humano, encuentro en mí los rasgos característicos de mi género: mi fisonomía, mi cuerpo, mi conducta, todo lo que soy me define como hombre. Puedo ver en mí, asimismo, los comportamientos, las formas de ser, de comportarse, de vivir característicos de los seres humanos hombres y mujeres: nuestros gustos, nuestras costumbres, nuestra forma de interactuar, de convivir, de comunicarnos y de resolver nuestras diferencias.

También soy un ente social, nací y crecí entre entes sociales y como tal aprendí una lengua, una cultura, aprendí las reglas de convivencia dentro del grupo, a comportarme como hombre, a decir y a no decir, de acuerdo con las circunstancias, lo que era necesario decir y no decir. Aprendí a leer, a escribir, a usar de este medio para comunicarme y

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

conocer a otros y a otras. No obstante, eso no me confunde ya con aquello que aprendí, tampoco me confunde ni con la cultura ni con la sociedad a las que pertenezco. Soy yo, reconozco mi cultura, mi adscripción a un género, mi sociedad, mi parentesco, pero eso no me hace más o menos Yo. Tan sólo me hace darme cuenta que eso que soy yo, refleja también, a lo mejor en mucho o en poco, eso que el hecho de vivir en comunidad he asimilado, copiado, aprendido o adaptado a mi circunstancia.

Mis gustos, mis preferencias, mis creencias, mis valores, quizás reflejen en buena medida mi adscripción a una cultura, a un medio, a una condición social, incluso a un género, pero aún son mis gustos, mis preferencias y mis creencias y valores.

En suma, eso que soy yo, examinado a la luz de lo que hago ahora mismo, me ayuda a comprender eso que somos todos, me identifica con lo que otros son y me diferencia también de otros más. Me ayuda a comprender mi naturaleza al tiempo que la naturaleza humana en tanto que humano, mi naturaleza social en tanto miembro de una estructura social, mi naturaleza intrínsecamente personal encarnada en mi ser físico del cual dependo para existir en este mundo.

Mi Relación con el Saber

En la misma perspectiva de ser corporeizado y viviente, mi relación con el saber ya no es una relación ajena a mí, sino que comprende la acción recíproca entre mi ser, producto de mi experiencia de mí mismo en relación con el mundo y la experiencia de otros seres iguales y diferentes a mí que han sabido llegar más lejos en su experiencia del mundo. Soy conciente de esa diferencia en tanto puedo, a partir de mi experiencia, ir desechando y aceptando sus argumentos, validando e invalidando sus premisas, cuestionando o compartiendo sus conclusiones, sus creencias, sus ideas.

Puedo tomar conciencia también de que muchas de mis propias ideas pudieran ser erróneas, inexactas, producto de un pensamiento que, a veces basado en los hechos pero otras basado en mis creencias o en mi imaginación, pudiera no coincidir con una verdad que está más allá de lo que puedo ver y pensar. Asimismo, puedo no obstante pensar que, ellos, los otros seres vivos corporeizados y humanos iguales que yo pudieran en todo caso estar igualmente equivocados en sus ideas y planteamientos, en sus creencias, en sus conclusiones y tomar el error por verdad.

De esta forma, el saber no es más una instancia incorpórea e inalcanzable para mí, en tanto individuo que debe aceptar lo que él propone, sino que, en tanto producto de la acción humana, es también el producto de la acción de individuos concretos, corpóreos igual a mí y por tanto igualmente susceptibles al error, a dejarse llevar por sus creencias o deseos. Debo poner por tanto mi confianza no en la erudición, ni en el prestigio, ni en el rango especial que posean quienes postulan una verdad distinta a la mía, sino en

las bases de su postulación, en lo que finalmente es cercano a mi experiencia, a lo que puedo constatar por mis sentidos, a lo que puedo probarme yo mismo a partir de los hechos y mi experiencia.

Esto implica que, quizá, deba yo demorarme un tiempo más antes de aceptar o rechazar un argumento, una verdad, una idea. Empero, no veo otra forma de lograr que esa parte de mí que vive y piensa, que puede comprender e interpretar las ideas que vienen de otro lado, se ajuste a esa parte de mí que vive y experimenta las cosas tal y como le son dadas a sus sentidos.

Quizá con el tiempo logre yo estar en condiciones de comprender esa verdad, de asimilarla a mis premisas y aceptarla plenamente o simplemente desecharla, proponiendo otra mejor o más acorde a mi experiencia vivida.

Muchos de nosotros, individuos humanos, hemos crecido plegados a ideas surgidas de otros seres humanos y que se nos han inculcado como verdades a partir de la premisa de que fueron formuladas por instancias como *la ciencia, el saber, los sabios, los científicos, nuestros líderes, o los grandes maestros, los intelectuales, los expertos*. Con seguridad, muchas de esas ideas representan la suma de experiencias acumuladas por la humanidad, fruto del esfuerzo de muchos individuos humanos por establecerlas y ahora transmitidas con la finalidad de evitarnos la tarea de construirlas nosotros mismos, evitando asimismo los errores, o las consecuencias de estos errores. Sin embargo, han llegado a nosotros, al margen de nuestra experiencia vital, sin mediar al menos la información necesaria para comprender cómo es que llegaron a establecerlas.

Así, esas grandes verdades, ese saber acumulado durante milenios por el ser humano, se insertan en nosotros, no como experiencias, esto es, no como algo que se vive, se ve y se siente, sino como algo que se inserta como prohibiciones, creencias, leyes, como algo que se nos ha dicho que se debe o que no se debe hacer, como algo que se debe acatar o cumplir y no como algo que mi experiencia me dice que es correcto o no hacer, algo sobre lo que puedo optar porque conozco de alguna manera sus consecuencias o porque estoy dispuesto a experimentar como algo nuevo, dispuesto a descubrir sus resultados.

Pienso que podría, como otros más pudieron haberlo hecho, llegar a un justo medio entre las verdades establecidas y la experiencia inmediata producto de nuestras vivencias. Este justo medio consiste en incluir, en la noción de individuos y en la del saber, esa parte escindida que es vital a nuestra existencia y que es el Yo corpóreo. El Yo corpóreo —que soy— es vital a mi concepción de ser individuo en tanto es soy un Yo que existe, que Es, a la vista de mí mismo y de todos los que me ven, el que se mueve, el que cree y piensa, el que ve oye, siente, toca y experimenta. Este Yo corpóreo que soy, es el único que puede optar por creer lo que le dicen otros seres corpóreos semejantes a él o buscar, mediante el diálogo consigo mismo, con estos otros, diálogo entre él y lo que mira, lo que lee, lo que oye, los criterios bajo los cuales lo que piensa y lo que piensan los otros, lo que mira y lo que dicen mirar los otros, es similar a lo que piensa y mira, y estar de acuerdo o no.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

VOL. I, NO. 1
ENERO-JUNIO | 2008
ISSN 1870 6932

De este modo, no es ya más el saber una estructura separada de mi experiencia como individuo, sino un producto de mi pensamiento, al cual puedo aspirar a poseer poniendo todo mi empeño en comprenderlo cuando éste se encuentra ya constituido en parcelas de conocimiento, o para establecerlo para mí, mediante la aplicación de los medios adecuados para alcanzarlo, incluso partiendo de lo establecido y concordado en mi pensamiento.

Así mismo, es este mismo individuo que soy, así constituido y conceptuado por mí, quien deberá encontrar, también, este justo medio entre él mismo y los demás individuos. En tanto ser social que soy, es decir, en tanto es un individuo entre individuos, aprenderé de ellos —y con ellos— las reglas para la convivencia y me sujetaré a ellas, cumpliendo y haciendo cumplir sus estatutos.

De este modo, no es ya la sociedad un sistema separado de mí mismo sino el entorno comprendido por mí mismo y por el conjunto total de individuos que la forman, tanto quienes me rodean e interactúan conmigo como quienes indirectamente, a través de sus acciones nos afectan a todos. Aquí, el Yo individual y corpóreo que soy se tornará eventualmente en vehículo y protagonista de acciones que comprometen a todos esos otros entes sociales que, individuos como Yo, aprenderán como Yo a establecer su papel en este entorno, asumiendo compromisos, funciones y decisiones colectivas o consintiendo en delegar autoridad para tomarlas en otros individuos.

Conclusiones

Pudiera decirse que la adhesión de una dimensión corpórea a las nociones de individuo, saber y sociedad, es insignificante y hasta excesiva, en tanto estas nociones se mantienen hasta cierto punto invariables. Es cierto, las nociones en sí no cambian: el saber es, aunque no se nombre, un saber producido por individuos, la sociedad es todavía la misma estructura compuesta por individuos y el individuo es —se sobre entiende— un ser que habita un cuerpo.

Sin embargo, el efecto que yo veo en la adhesión de una dimensión corpórea para mí, es el de devolver a estos conceptos a una base material que por decirlo así la *incorpora* a la acción humana. Es tornar explícito lo implícito, pero más allá de eso, al volverlo explícito también lo veo tornarse visible, perceptible y sólido como todos los cuerpos que existen en la realidad física conocida por mí.

Más aún, al tornarse sólidas, también recuperan para mí, el sustrato material del cual dependen y al cual puedo dar cuenta para establecer su existencia.

